

CAPÍTULO 8. Panorama actual de la literatura hispanoamericana

8.1. Novísima literatura

Tras el *boom* de la literatura hispanoamericana a comienzos de la segunda mitad del siglo XX, alrededor fundamentalmente de la corriente narrativa del realismo mágico, a mediados de la década de 1970 tuvo lugar el *post-boom* de la llamada “**novísima literatura**”, encabezada por un grupo de escritores como Antonio Skármeta, Isabel Allende, Laura Esquivel, Alfredo Bryce Echenique, Manuel Puig, Augusto Monterroso, Ángeles Mastretta o Zoe Valdés, entre otros muchos. Estilísticamente, esta nueva generación de autores hispanoamericanos forman un grupo heterogéneo: aunque algunos de ellos continúan las tendencias literarias iniciadas por el *boom*, otros reaccionan contra esta corriente y su excesiva experimentación y artificiosidad.

Se considera que la novísima literatura se inicia con *Soñé que la nieve ardía* (1975), del chileno Antonio Skármeta, en la que se reflejan los difíciles años de las dictaduras militares en Argentina y Chile. Algunos de los rasgos más generales de esta nueva corriente literaria son los siguientes:

- a) supresión de la metaliteratura e intertextualidad (frecuente en autores como Cortázar y Vargas Llosa);
- b) desaparición de inquietudes existenciales (como en las obras de Onetti y Fuentes);
- c) preferencia por un estilo más directo y realista, con palabras del habla latinoamericana;
- d) desarrollo de la literatura urbana;
- e) presencia de elementos de la cultura popular (como la radio, el cine y la televisión) y juvenil (música, drogas y sexo);
- f) el amor se redescubre como una emoción positiva que produce alegría vital;
- g) presencia habitual del humor;
- h) auge de la narrativa histórica basada en hechos documentados;
- i) desarrollo de la “novela testimonio”, género híbrido que mezcla la ficción y la crónica;
- j) retorno al tema del exilio (tanto exterior como interior);
- k) notable incremento de la literatura femenina, que aporta un nuevo punto de vista a temas como el de la sexualidad.

El argentino **Manuel Puig** (1932-1990) se dio a conocer como narrador con *La traición de Rita Hayworth* (1968) y *Boquitas pintadas* (1969), novelas en las que emplea técnicas narrativas experimentales (como estructura fragmentada y narrador polifónico), aunque alcanzó notoriedad internacional a raíz de *El beso de la mujer araña* (1976), novela que relata la historia de dos presos que comparten celda durante la dictadura argentina, cada uno por motivos distintos (uno de carácter político y otro

por ser homosexual), y que al final acaban asimilándose el uno al otro. Otras destacadas novelas posteriores de Puig son *Pubis angelical* (1979), *Sangre de amor correspondido* (1982) y *Cae la noche tropical* (1988).

El guatemalteco **Augusto Monterroso** (1921-2003) es uno de los cuentistas latinoamericanos actuales más reconocidos a nivel internacional. Su producción narrativa, en la frontera entre el cuento y la fábula, se centra fundamentalmente en el análisis de la naturaleza humana desde una óptica irónica. Entre sus obras más destacadas se encuentran la colección de microrrelatos *La oveja negra y demás fábulas* (1969), la colección de ensayos y aforismos *Movimiento perpetuo* (1972), la novela *Lo demás es silencio* (1978) y la colección de entrevistas *Viaje al centro de la fábula* (1981).

La mexicana **Ángeles Mastretta** (1949) asume en sus obras una postura liberadora de la mujer oprimida que logra tener control sobre su propio destino, como demuestra en su primera y exitosa novela, *Arráncame la vida* (1985). Con el libro de cuentos *Mujeres de ojos grandes* (1990) y la novela *Mal de amores* (1996), Mastretta volvió a demostrar su calidad como narradora.

La cubana **Zoe Valdés** (1959), aunque se inició en el mundo de la poesía y se dio a conocer como narradora con la novela erótica *Sangre azul* (1993), alcanzó el reconocimiento literario gracias a la novela pseudoautobiográfica *La nada cotidiana* (1995), que narra de forma irónica las peripecias de una mujer cubana durante los primeros años del gobierno revolucionario. Con su siguiente obra, *Te di la vida entera* (1996), la escritora confirmó su calidad como una de las grandes novelistas de la literatura hispanoamericana actual. Tras adquirir la nacionalidad española en 1997, Zoe Valdés continuó escribiendo destacadas novelas, como *Café Nostalgia* (1997), *Lobas de mar* (2003), *La eternidad del instante* (2004) y *La mujer que llora* (2013).

Otros destacados autores de la literatura hispanoamericana actual son los siguientes:

Argentina

Mempo Giardinelli (1947) —que alcanzó el reconocimiento literario con la novela negra *Luna caliente* (1983) y se consolidó como uno de los pilares de la nueva narrativa argentina con *Santo Oficio de la memoria* (1991)—, **Ricardo Piglia** (1941) —autor de novelas deliberadamente intelectuales, como *Respiración artificial* (1980), *Plata quemada* (1997) y *Blanco nocturno* (2010)—, **Luisa Valenzuela** (1938) —que en sus novelas *Como en la guerra* (1977) y *Cola de lagartija* (1983) y la colección de relatos *Cambio de armas* (1982) propone una reflexión sobre las estructuras sociales y culturales de la sociedad argentina—, **Abel Posse** (1934) —uno de los precursores de la “nueva novela histórica” hispanoamericana, con obras tan

destacadas como *Daimón* (1978) y *Los perros del paraíso* (1983)—, **Juan José Saer** (1937-2005) —uno de los novelistas más influyentes de la literatura argentina actual, con obras como *El entenado* (1983), *Glosa* (1985) y *La grande* (2005)—, **Tomás Eloy Martínez** (1934-2010) —quien, pese a iniciarse en el mundo del realismo mágico con *Sagrado* (1969), se decantó posteriormente por fusionar historia y ficción, como en *La novela de Perón* (1985) y *Santa Evita* (1995)—, **Reina Roffé** (1951) —cuya novela *Monte de Venus* (1976) fue censurada por el régimen argentino por su lenguaje sexual y su crítica social— y **Mario Szichman** (1945) —autor de *Crónica falsa* (1969) y *Los judíos del Mar Dulce* (1971), novelas protagonizadas por los Pechof, familia ficticia de emigrantes polacos.

Uruguay

Eduardo Galeano (1940) —cuya obra indaga en las raíces y en la realidad social de Hispanoamérica, como en el ensayo *Las venas abiertas de América Latina* (1971), la colección de relatos cortos *Días y noches de amor y de guerra* (1978) y la trilogía novelística *Memoria del fuego* (1982-1986)—, **Carlos Martínez Moreno** (1917-1986) —autor de novelas de crítica social como *Tierra en la boca* (1974), en la que denuncia el crimen, y *El color que el infierno me escondiera* (1981), acerca de la tortura y la opresión del régimen uruguayo—, **Cristina Peri Rossi** (1941) —cuya novela experimental *La nave de los locos* (1984) ofrece una sátira surrealista de las dictaduras modernas— y **Antonio Larreta** (1922) —autor de destacadas novelas como *Volavérunt* (1980) y obras de teatro como *Juan Palmieri* (1986).

Chile

Jorge Edwards (1931) —autor de novelas críticas con su entorno político y social, como *Persona non grata* (1973), *El museo de cera* (1981) y *El inútil de la familia* (2004)—, **Ariel Dorfman** (1942) —polifacético escritor cuya producción gira en torno a la dolorosa transición chilena a la democracia, como la exitosa obra de teatro *La muerte y la doncella* (1990) y las novelas *Viudas* (1981), *La última canción de Manuel Sendero* (1982) y *Máscaras* (1988)—, **Diamela Eltit** (1949) —cuyas novelas recrean ambientes sórdidos y personajes marginales, como *Lumpérica* (1983), *El cuarto mundo* (1988) y *Los vigilantes* (1994)—, **Roberto Bolaño** (1953-2003) —autor de destacadas novelas como *Estrella distante* (1996), *Los detectives salvajes* (1998) y *2666* (2004)—, **Roberto Ampuero** (1953) —conocido por sus novelas policíacas protagonizadas por el detective privado Cayetano Brulé, como *¿Quién mató a Cristián Kustermann?* (1993) y *El caso Neruda* (2008)— y **Jorge Marchant Lazcano** (1950) —autor de novelas históricas (*La Beatriz Ovalle*, 1977) y sociales (*Sangre como la mía*, 2006).

Bolivia

Ramón Rocha Monroy (1950) —autor de novelas como *El run run de la calavera* (1983), *Ando volando bajo* (1997) y *Potosí 1600* (2002)—, **Juan Claudio Lechín**

(1956) —autor de la novela *La gula del picaflor* (2004) y el ensayo *Las máscaras del fascismo* (2011)— y **Edmundo Paz Soldán** (1967) —que en sus novelas y cuentos, como *Días de papel* (1992) y *Amores imperfectos* (1998), explora las preocupaciones sociales y culturales de su generación.

Colombia

Gustavo Álvarez Gardeazábal (1945) —autor de obras de gran fuerza descriptiva y estilo directo en las que refleja los vicios que corrompen a la sociedad colombiana (violencia, superchería, caciquismo, corrupción, narcotráfico), como el ensayo *La novelística de la violencia en Colombia* (1970) y la novela *Cóndores no entierran todos los días* (1972)—, **Rafael Humberto Moreno-Durán** (1945-2005) —reputado escritor colombiano, autor de destacadas novelas como la trilogía *Femina Suite* (1977-1983), ensayos como *Mujeres de Babel* (2004) e incluso una obra de teatro, *Cuestión de hábitos* (2005)—, **Marco Tulio Aguilera Garramuño** (1949) —cuya novela *Breve historia de todas las cosas* (1975) es a la vez un homenaje y una parodia del realismo mágico— y **Albalucía Ángel** (1939) —autora de novelas que ofrecen una perspectiva feminista de la vida, como *Girasoles en invierno* (1970) y *Misiá Señora* (1982).

Perú

Santiago Roncagliolo (1975) —que en *Abril rojo* (2006) aborda el tema de la violencia en la sociedad peruana con la distancia necesaria para lograr efectismos seductores—, **Antonio Cisneros** (1942-2012) —reconocido poeta peruano de la “Generación del 60”, autor de una poesía irónica acerca de la vida contemporánea, tal es el caso de *Como higuera en una campo de golf* (1972)—, **Isaac Goldemberg** (1945) —cuya novela *La vida a plazos de don Jacobo Lerner* (1976) refleja la identidad judía y el tema del antisemitismo— y **Marcos Yauri** (1930) —autor de *En otoño, después de mil años* (1974), novela densa de carácter surrealista.

Venezuela

Francisco Herrera Luque (1927-1991) —autor de destacadas novelas como *Boves, el urogallo* (1972), *Los amos del valle* (1979) y *La luna de Fausto* (1983)— y **Luis Britto García** (1940) —autor de la novela *Vela de armas* (1970) y el libro de relatos *Rajatabla* (1970).

Cuba

Guillermo Cabrera Infante (1929-2005) —cuya fama internacional se debe a la novela experimental *Tres tristes tigres* (1967), en la que combina de forma ingeniosa el lenguaje coloquial cubano con guiños y referencias a otras obras literarias, y la novela autobiográfica *La Habana para un infante difunto* (1979)—, **Severo Sarduy** (1937-1993) —gran continuador de la narrativa neobarroca de Lezama Lima con novelas de una gran audacia experimental como *De donde son los cantantes* (1967), *Cobra* (1972),

Maitreya (1978), *Colibrí* (1984) y *Cocuyo* (1990)—, **Reinaldo Arenas** (1943-1990) —cuya producción narrativa estuvo marcada por la persecución política en Cuba debido a su abierta homosexualidad, como refleja en la novela *Celestino antes del alba* (1967) y en su autobiografía *Antes que anochezca* (1992)—, **Antonio Benítez Rojo** (1931-2005) —autor de la novela *El mar de las lentejas* (1979) y el ensayo *La isla que se repite* (1989)— y **Miguel Barnet** (1940) —cuya novela testimonio *Biografía de un cimarrón* (1966) está elaborada a partir de las declaraciones de un antiguo esclavo rebelde.

México

Jorge Ibarguengoitia (1928-1983) —crítico mordaz de la realidad social y política de su país, como demuestra en las novelas *Los relámpagos de agosto* (1965) y *Los pasos de López* (1982)—, **Elena Poniatowska** (1932) —autora de las novelas testimonio *Hasta no verte, Jesús mío* (1969) y *Leonora* (2011), además de otras como *La piel del cielo* (2001) y *El tren pasa primero* (2006)—, **Eraclio Zepeda** (1937) —quien se dio a conocer con la colección de cuentos *Andando el tiempo* (1982) y posteriormente escribió novelas históricas como *Las grandes lluvias* (2005) y *Tocar el fuego* (2007)—, **Jesús Gardea** (1939-2000) —uno de los cuentistas más destacados de la nueva literatura mexicana, autor de colecciones como *Los viernes de Lautaro* (1979) y *Septiembre y los otros días* (1980)—, **José Agustín** (1944) —iniciador con *La tumba* (1964) de la llamada “literatura de la onda”, de temática urbana, carácter juvenil y lenguaje coloquial—, **René Avilés Fabila** (1940) —destacado narrador hispanoamericano, autor de novelas como *Réquiem por un suicida* (1993) y *El amor intangible* (2008)— y **Gustavo Sáinz** (1940) —representante de la “literatura de la onda” de la nueva juventud mexicana del *post-boom*, con novelas como *Gazapo* (1965), *La princesa del Palacio de Hierro* (1974), *A la salud de la serpiente* (1988) y *A troche y moche* (2002).

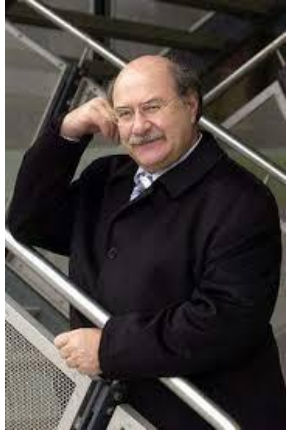
Centroamérica

Algunos nombres destacados dentro de la literatura centroamericana actual son los de los nicaragüenses **Sergio Ramírez** (1942) —autor de novelas como *Castigo divino* (1988), *Margarita, está linda la mar* (1998) y *El cielo llora por mí* (2009)—, **Omar Cabezas** (1950) —que en *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* (1982) narra sus vivencias como guerrillero del FSLN en la lucha contra la dictadura de Somoza— y **Gioconda Belli** (1948) —escritora que alcanzó un destacado reconocimiento literario gracias al poemario *Línea de fuego* (1978) y la novela *La mujer habitada* (1988)—, el salvadoreño **Manlio Argueta** (1935) —autor de *Caperucita en la zona roja* (1978) y *Un día en la vida* (1983)— y el hondureño **Julio Escoto** (1944) —que alcanzó el reconocimiento literario con sus novelas *Bajo el almendro... junto al volcán* (1988) y *Rey del albor, Madrugada* (1993).

Puerto Rico

Luis Rafael Sánchez (1936) —cuya novela más conocida, *La guaracha del Macho Camacho* (1976), refleja una sociedad puertorriqueña decadente y americanizada— y **Rosario Ferré** (1938) —que en la novela *Maldito amor* (1989) explora la historia de lucha política y cultural de Puerto Rico a través de una familia de aristócratas.

8.2. Antonio Skármeta



Antonio Skármeta

El chileno de ascendencia croata Esteban Antonio Skármeta Vraničić (Antofagasta, 1940) es una de las principales figuras de la literatura actual en Chile. Skármeta está considerado el iniciador de la novísima literatura hispanoamericana con su novela *Soñé que la nieve ardía* (1975), aunque su fama internacional se debe sobre todo a *Ardiente paciencia*, novela que pasó a conocerse como *El cartero de Neruda* a raíz de su oscarizada versión cinematográfica. La literatura de Skármeta, en la que tienen cabida personajes jóvenes a mitad de camino entre la nostalgia de la infancia perdida y la desorientación cultural del presente, se caracteriza por su amenidad, fluidez verbal y agudo sentido del humor.

Skármeta se inicia en el mundo de la literatura con las colecciones de cuentos *El entusiasmo* (1967) y *Desnudo en el tejado* (1969), en las que fusiona el *boom* latinoamericano con la nueva narrativa estadounidense. Tras verse forzado a abandonar Chile durante la dictadura de Pinochet, escribe en Argentina su primera novela, *Soñé que la nieve ardía* (1975), en la que, a través de una visión realista y humorística de la sociedad chilena, narra el golpe militar en su país bajo la candorosa mirada de un joven futbolista. En Alemania, Skármeta escribe la novela breve *No pasó nada* (1980), en la que trata el tema del exilio. Con *La insurrección* (1982), novela ambientada en la revolución sandinista en Nicaragua, el escritor chileno vuelve a adentrarse en la política. El reconocimiento internacional de Skármeta se debe sobre todo a *Ardiente paciencia* (1985), novela corta que mezcla elementos narrativos y teatrales y que fue posteriormente adaptada al cine bajo el título de *El cartero (y Pablo Neruda)*. Tras *Match Ball* (1989), irónica novela alrededor del mundo del tenis, el escritor chileno regresó a su país, en donde continuó su producción narrativa con novelas como *La boda del poeta* (1999), *La chica del trombón* (2001) y *El baile de la victoria* (2003).

El siguiente fragmento de *Ardiente paciencia*, en el que el cartero Mario Jiménez dialoga con Pablo Neruda acerca de poesía, ilustra el estilo fresco y fluido de la prosa de Skármeta:

Neruda arremetió con su bolsillo y extrajo un billete del rubro “más que regular”. El cartero dijo “gracias”, no tan acongojado por la suma como por la inminente despedida. Esa misma tristeza pareció inmovilizarlo hasta un grado alarmante. El poeta, que se disponía a entrar, no pudo menos que interesarse por una inercia tan pronunciada.

—¿Qué te pasa?

—¿Don Pablo?

—Te quedas ahí parado como un poste.

Mario torció el cuello y buscó los ojos del poeta desde abajo:

—¿Clavado como una lanza?

—No, quieto como torre de ajedrez.

—¿Más tranquilo que gato de porcelana?

Neruda soltó la manilla del portón, y se acarició la barbilla.

—Mario Jiménez, aparte de *Odas elementales* tengo libros mucho mejores. Es indigno que me sometás a todo tipo de comparaciones y metáforas.

—¿Don Pablo?

—¡Metáforas, hombre!

—¿Qué son esas cosas?

El poeta puso una mano sobre el hombro del muchacho.

—Para aclarártelo más o menos imprecisamente, son modos de decir una cosa comparándola con otra.

—Deme un ejemplo.

Neruda miró su reloj y suspiró.

—Bueno, cuando tú dices que el cielo está llorando. ¿Qué es lo que quieres decir?

—¡Qué fácil! Que está lloviendo, pu’.

—Bueno, eso es una metáfora.

—Y, ¿por qué, si es una cosa tan fácil, se llama tan complicado?

—Porque los nombres no tienen nada que ver con la simplicidad o complicidad de las cosas.

Según tu teoría, una cosa chica que vuela no debiera tener un nombre tan largo como ‘mariposa’.

Piensa que ‘elefante’ tiene la misma cantidad de letras que ‘mariposa’ y es mucho más grande y no vuela —concluyó Neruda exhausto. Con un resto de ánimo, le indicó a Mario el rumbo hacia la caleta. Pero el cartero tuvo la prestancia de decir:

—Pero el cartero tuvo la prestancia de decir:

—¡P’tas que me gustaría ser poeta!

—¡Hombre! En Chile todos son poetas. Es más original que sigas siendo cartero. Por lo menos

caminas mucho y no engordas. En Chile todos los poetas somos guatones.

Ardiente paciencia (El cartero de Neruda)

8.3. Isabel Allende

La chilena Isabel Allende Llonca (Lima, 1942) es una de las figuras más destacadas de la literatura hispanoamericana actual. Se dio a conocer internacionalmente con su primera novela, *La casa de los espíritus* (1982), obra próxima al realismo mágico en la que la escritora recrea sus recuerdos de infancia y juventud y los convierte en sustancia narrativa mediante una imaginación desbordante. De forma similar a la obra maestra de la literatura hispanoamericana, *Cien años de soledad*, la novela de Allende narra las peripecias de la saga familiar de los Trueba —en la que las mujeres son las verdaderas protagonistas— a lo largo de cuatro generaciones, al tiempo que repasa los principales acontecimientos políticos de la historia reciente de Chile. En su siguiente novela, *De amor y de sombra* (1984), la escritora chilena



Isabel Allende

vuelve a mezclar de forma exitosa realidad y ficción al recrear, bajo el hilo conductor de la relación amorosa entre dos jóvenes, el drama de los “desaparecidos” durante la dictadura de Pinochet. Tras el gran éxito de sus dos primeras novelas, Isabel Allende ha continuado confirmando su calidad narrativa con obras tan destacadas como *Eva Luna* (1987), *El plan infinito* (1991), *Paula* (1994), *Afrodita* (1998), *Hija de la fortuna* (1999), *Retrato en sepia* (2000), el libro de memorias *Mi país inventado* (2003) y *La isla bajo el mar* (2009).

El siguiente fragmento, correspondiente al epílogo de *La casa de los espíritus*, ilustra la técnica narrativa propia del realismo mágico del tiempo cíclico, ya que los acontecimientos relatados por el narrador-protagonista al final de la novela remiten al comienzo de la obra:

Sospecho que todo lo ocurrido no es fortuito, sino que corresponde a un destino dibujado antes de mi nacimiento y Esteban García es parte de ese dibujo. Es un trazo tosco y torcido, pero ninguna pincelada es inútil. El día en que mi abuelo volteó entre los matorrales del río a su abuela, Pancha García, agregó otro eslabón en una cadena de hechos que debían cumplirse. Después el nieto de la mujer violada repite el gesto con la nieta del violador y dentro de cuarenta años, tal vez, mi nieto tumba entre las matas del río a la suya y así, por los siglos venideros, en una historia inacabable de dolor, de sangre y de amor. En la perrera tuve la idea de que estaba armando un rompecabezas en el que cada pieza tiene una ubicación precisa. Antes de colocarlas todas, me parecía incomprendible, pero estaba segura que si lograba terminarlo, daría un sentido a cada una y el resultado sería armonioso. Cada pieza tiene una razón de ser tal como es, incluso el coronel García. En algunos momentos tengo la sensación de que esto ya lo he vivido y que he escrito estas mismas palabras, pero comprendo que no soy yo, sino otra mujer, que anotó en sus cuadernos para que yo me sirviera de ellos. Escribo, ella escribió, que la memoria es frágil y el transcurso de una vida es muy breve, y sucede todo tan deprisa que no alcanzamos a ver la relación entre los acontecimientos, no podemos medir la consecuencia de los actos, creemos en la ficción del tiempo, en el presente, el pasado y el futuro, pero puede ser también que todo ocurre simultáneamente, como decían las tres hermanas Mora, que eran capaces de ver en el espacio los espíritus de todas las épocas. Por eso mi abuela Clara escribía en sus cuadernos, para ver las cosas en su dimensión real y para burlar a la mala memoria. Y ahora yo busco mi odio y no puedo encontrarlo. Siento que se apaga en la medida en que me explico la existencia del coronel García y de otros como él, que comprendo a mi abuelo y me entero de las cosas a través de los cuadernos de Clara, las cartas de mi madre, los libros de administración de Las Tres Marías y tantos otros documentos que ahora están sobre la mesa al alcance de la mano. Me será muy difícil vengar a todos los que tienen que ser vengados, porque mi venganza no sería más que otra parte del mismo rito inexorable. Quiero pensar que mi oficio es la vida y que mi misión no es prolongar el odio, sino sólo llenar estas páginas mientras espero el regreso de Miguel, mientras entierro a mi abuelo que ahora descansa a mi lado en este cuarto, mientras aguardo que lleguen tiempos mejores, gestando a la criatura que tengo en el vientre, hija de tantas violaciones, o tal vez hija de Miguel pero sobre todo hija mía. Mi abuela escribió durante cincuenta años en sus cuadernos de anotar la vida. Escamoteados por algunos espíritus cómplices, se salvaron milagrosamente de la pira infame donde perecieron tantos otros papeles de la familia. Los tengo aquí, a mis pies, atados con cintas de colores, separados por acontecimientos y no por orden cronológico, tal como ella los dejó antes de irse. Clara los escribió para que me sirvieran ahora para rescatar las cosas del pasado y sobrevivir a mi propio espanto. El primero es un cuaderno escolar de veinte hojas, escrito con una delicada caligrafía infantil. Comienza así: «Barrabás llegó a la familia por vía marítima...»
La casa de los espíritus (epílogo)

8.4. Laura Esquivel



Laura Esquivel

La mexicana Laura Paulina Esquivel (Ciudad de México, 1950) obtuvo un gran éxito internacional con su primera novela, *Como agua para chocolate* (1989), recreación tardía del realismo mágico hispanoamericano en la que la escritora mezcla elementos sobrenaturales y cotidianos alrededor de la cocina, que se convierte en un elemento fundamental para comprender los sentimientos humanos. En su siguiente novela, *La ley del amor* (1995), Esquivel vuelve a emplear elementos narrativos del realismo mágico para recrear la reencarnación del espíritu histórico mexicano en una sociedad futurista. En la colección de cuentos *Íntimas succulencias* (1998), la escritora insiste en el tema culinario y expone su particular visión de la vida: “Uno es lo que come, con quién lo come y cómo lo come”. Otras novelas posteriores de Esquivel son *Estrellita marinera* (1999), *El libro de las emociones* (2000), *Tan veloz como el deseo* (2001) y *Malinche* (2004).

El siguiente fragmento de *Como agua para chocolate* ilustra la peculiaridad de la novela de Laura Esquivel de comenzar cada capítulo, correspondiente a cada uno de los meses del año, con la receta de un plato típico mexicano, que se integra dentro del argumento general de la narración:

Codornices en pétalos de rosas

III. Marzo

INGREDIENTES:

12 rosas, de preferencia rojas
12 castañas
2 cucharadas de mantequilla
2 cucharadas de fécula de maíz
2 gotas de esencia de rosas
2 cucharadas de anís
2 cucharadas de miel
2 ajos
6 codornices
1 pithaya

Manera de hacerse:

Se desprenden con mucho cuidado los pétalos de las rosas, procurando no pincharse los dedos, pues aparte de que es muy doloroso (el piquete), los pétalos pueden quedar impregnados de sangre y esto, aparte de alterar el sabor del platillo, puede provocar reacciones químicas, por demás peligrosas.

Pero Tita era incapaz de recordar este pequeño detalle ante la intensa emoción que experimentaba al recibir un ramo de rosas, de manos de Pedro. Era la primera emoción profunda que sentía desde el día de la boda de su hermana, cuando escuchó la declaración del amor que Pedro sentía por ella y que trataba de ocultar a los ojos de los demás. Mamá Elena, con esa rapidez y agudeza de pensamiento que tenía, sospechaba lo que podría pasar si Pedro y Tita tenían oportunidad de estar a solas. Por tanto, haciendo gala de asombrosas artes de prestidigitación, hasta ahora, se las había

ingeniado de maravilla para ocultar al uno de los ojos y el alcance del otro. Pero se le escapó un minúsculo detalle: a la muerte de Nacha, Tita era entre todas las mujeres de la casa la más capacitada para ocupar el puesto vacante de la cocina, y ahí escapaban de su riguroso control los sabores, los olores, las texturas y lo que éstas pudieran provocar.

Tita era el último eslabón de una cadena de cocineras que desde la época prehispánica se habían transmitido los secretos de la cocina de generación en generación y estaba considerada como la mejor exponente de este maravilloso arte, el arte culinario. Por tanto, su nombramiento como cocinera oficial del rancho fue muy bien recibido por todo el mundo. Tita aceptó el cargo con agrado, a pesar de la pena que sentía por la ausencia de Nacha.

Esta lamentable muerte tenía a Tita en un estado de depresión muy grande. Nacha, al morir, la había dejado muy sola. Era como si hubiera muerto su verdadera madre. Pedro, tratando de ayudarla a salir adelante, pensó que sería un buen detalle llevarle un ramo de rosas al cumplir su primer año como cocinera del rancho. Pero Rosaura —que esperaba su primer hijo— no opinó lo mismo, y en cuanto lo vio entrar con el ramo en las manos y dárselo a Tita en vez de a ella, abandonó la sala presa de un ataque de llanto.

Como agua para chocolate (capítulo III)

8.5. Alfredo Bryce Echenique

El peruano Alfredo Marcelo Bryce Echenique (Lima, 1939) es uno de los más destacados narradores de la literatura hispanoamericana actual. Su obra se inscribe en una corriente de profundos cambios en la narrativa peruana en la segunda mitad del siglo XX, en la que la temática indigenista anterior da paso a una literatura de carácter urbano y cosmopolita. En sus novelas y relatos breves, que muestran un carácter nostálgico hacia un pasado mejor del Perú, se difuminan las fronteras entre realidad y ficción mediante una prosa desenfadada y fresca que los aproxima a la tradición oral de los cuentos. En sus novelas escritas durante su estancia en Francia y España —entre las que se encuentra su obra maestra, *La vida exagerada de Martín Romaña*—, Bryce Echenique crea la figura del “antihéroe latinoamericano” en Europa, caracterizado por sus contradicciones personales y una constante evocación de su lejano país.



Alfredo Bryce Echenique

Tras iniciar su carrera literaria con el libro de cuentos *Huerto cerrado* (1968), Bryce Echenique obtuvo un amplio reconocimiento internacional con su novela *Un mundo para Julius* (1970), en la que traza un retrato irónico de un sector de la burguesía limeña, feliz y despreocupado ante los problemas de la sociedad. En la colección de relatos *La felicidad ja ja* (1974), el escritor vuelve a inspirarse en las clases altas de la capital peruana para componer historias llenas de melancolía sobre la difícil iniciación en la vida. Durante su experiencia como profesor en Francia, Bryce Echenique escribió las novelas *Tantas veces Pedro* (1977) y *La vida exagerada de Martín Romaña* (1981), su obra más importante, en la que refleja la peculiar existencia de los intelectuales latinoamericanos en Europa. A esta última novela siguió su continuación, *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* (1985), que junto con la anterior forma el

díptico “Cuadernos de navegación en un sillón Voltaire”. Durante su estancia en España, el escritor peruano retoma la figura del antihéroe latinoamericano en Europa con *La última mudanza de Felipe Carrillo* (1988). Con la novela pseudoautobiográfica *No me esperen en abril* (1995) y la romántica *El huerto de mi amada* (2002), Bryce Echenique vuelve a recrear con nostalgia el pasado aristocrático del Perú.

El siguiente fragmento de *Un mundo para Julius*, en el que el joven protagonista visita las obras de la nueva casa familiar y se asombra ante las actitudes y el lenguaje de los obreros (a los que infantilmente compara con malabaristas de circo), ilustra el contraste socioeconómico tan marcado entre las clases bajas y la burguesía limeña:

«Trabajan desde muy temprano y sin parar —le había dicho el arquitecto—: cuando se techa no se puede parar, hay que trabajar constantemente; se toman sus cervezas para entrar en calor y darse ánimos; cuando agarran viada no paran de subir y bajar, algunos están medio zampaditos.» Por eso Julius llegó sonriente y decidido a ver algo nuevo, interesante y alegre. Y por eso ahora, al bajar del automóvil del arquitecto, andaba bastante desconcertado: aparte de que era muy probable que todos se fueran al infierno porque no paraban de gritar lisuras, estaban semidesnudos y todos pintarrajeados. Parecían unos payasos que se habían trompeado desgarrándose las ropas y que ahora, de albañiles, seguían con sus bromas circenses mientras subían por andamios sin barandas de los cuales no tardaban en caerse. El arquitecto se olvidó de Julius y se fue a un lado a conversar con el ingeniero y el maestro de obras. Julius trató de acercarse a la máquina mezcladora de concreto, pero por lo menos tres «¡cuidado chico!» lo alejaron despavorido. Nadie le daba bola en ese entierro. No tuvo más remedio que pararse nuevamente en la vereda y desde ahí seguir toda la extraña ceremonia: los veía subir cargando al hombro latas llenas de concreto y haciendo equilibrio en los dos andamios: uno avanzaba hacia la derecha, hasta el techo del primer piso; ahí había un pequeño descanso, con una baranda para que no se sobrarian con el impulso de la subida y se sacaran la mugre; del descanso arrancaba otro andamio que subía hacia la izquierda, hasta donde iban vacando sus latas de concreto. Julius permaneció unos veinte minutos parado solo y sin hablar con nadie; por fin se le acercó el arquitecto para decirle que se iba un rato a otra construcción con el ingeniero. «¿Prefieres quedarte? —le preguntó—; yo vuelvo más tarde por ti.» Julius le dijo que sí y el arquitecto se lo encargó al maestro de obra.

—Ah, ¿es hijo del señor?... Déjemelo no más... Ahora lo vamos a hacer trabajar un poco... ¿Cómo te llamas? —le preguntó al ver que ingeniero y arquitecto se alejaban.

—Julius...

El maestro lo miró sonriente, como si no entendiera muy bien ese tipo de nombres, y empezó a contarle con más detalles cómo funcionaban los obreros el día de techada. Le señaló las cajas de cerveza que iban bebiendo mientras duraba el asunto y le explicó nuevamente que no podían parar, pero que se turnarían para comer algo dentro de un rato. Mientras tanto los obreros continuaban pujando para subir, descansando a la mitad del camino, acomodándose bien la lata en el hombro y lanzándose a la segunda mitad de la ascensión. Se encontraban en pleno andamio con otro que bajaba vacío y que le cedía el paso, pero como eran bien bromistas muchas veces se daban codazos o se metían la mano al culo, haciendo tambalearse al que subía. Todo era motivo de granpateadas y/o mentadas de madre, más otras lisuras que Julius iba aprendiendo sin lograr calificar de malvada a esa gente. Los veía pujar semidesnudos, gritarse nombres increíbles, apodosos que no existían en su colegio: Guardacaballo, a un negro esquelético; Cucaracha, a uno de cerdas rojizas; Blanquillo, a uno que era blanco como Julius pero obrero incomprensiblemente; Serrucho; Tortolita; Pan con lomo, uno bien gordo; Agua Bendita, a uno que era excesivamente frágil y que tosía mientras subía y mientras bajaba. Todos subían y bajaban, y aprovechaban el momento en que el encargado de la máquina les estaba llenando sus latas para correr a beberse unos tragos de cerveza y a veces también a meter la cabeza inmunda, generalmente cubierta con gorros en punta, de papel de periódico, en un inmenso barril lleno de agua inmunda. Luego volvían a recoger sus latas y emprendían la marcha a menudo tambaleándose, acercándose demasiado a los bordes, ya

Julius los veía en el suelo y muertos con una palabrota recién dicha. De pronto Cucaracha lo señaló con la mano y dijo que ése debería ser el hijo del patrón. «A ver si se lo palabrean para que nos consiga un extra, añadió: con cerveza no basta.» Cosa por el estilo escuchó Julius, parado ahí en la vereda, y luego vio que de vez en cuando lo miraban y se sonreían como si fuera broma, después de todo qué podía hacer el mocoso de mierda para que a ellos les pagaran algo más. «Están reclamando paga extra», le dijo el maestro, y él lo miró pidiéndole mayor explicación.

—Es que hoy no pueden parar y quisieran una propina... Tu papá ha hecho que les manden cerveza, pero se ha olvidado de los billetes.

Un mundo para Julius (“El colegio”, capítulo III)

Resumen

Tras el *boom* de la literatura hispanoamericana a comienzos de la segunda mitad del siglo XX, a mediados de la década de 1970 tuvo lugar el *post-boom* de la llamada “novísima literatura”, relevo generacional de los consagrados García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar, Carpentier y compañía. Algunos de los autores más destacados de esta nueva literatura hispanoamericana, que abandona las técnicas narrativas experimentales y se centra en los cambios sociopolíticos de América Latina, son Antonio Skármeta, Isabel Allende, Laura Esquivel, Alfredo Bryce Echenique, Manuel Puig, Augusto Monterroso, Ángeles Mastretta y Zoe Valdés.

Actividades

1) *Soñé que la nieve ardía* (1975), de Antonio Skármeta, está considerada como la novela que da inicio a la “novísima literatura”. A través de las vivencias de los inquilinos de una pensión de Santiago, el escritor chileno refleja los trascendentales sucesos políticos ocurridos en su país entre 1970 y 1973, que condujeron al golpe de Estado que derrocó al gobierno constitucional del presidente Salvador Allende. Describe cuál es la relación con la política de los personajes que aparecen en el siguiente fragmento:

El Gordo le dedicó una pestañeada, dio vuelta una página y siguió tan campante. el Señor Pequeño codeó a la Bestia, se levantaron y enfilaron hacia la escalera. Cuando desaparecieron, Arturo se limpió la boca con la servilleta.

—¿Qué está leyendo? —le preguntó al Gordo.

—Lenin.

—¿Ése es el huevón que dice que todos somos iguales?

—No dice eso, dice cómo se llega a una revolución socialista.

—Los socialistas quieren que todos seamos iguales. Lo sé del colegio.

—Quieren que los medios de producción sean de todos. Nunca han dicho que todos somos iguales. ¿Te interesa informarte?

—No me gusta la política. Yo quiero vivir tranquilo sin joder a nadie, sin que nadie me joda.

—¿Y que todo siga igual? ¿La misma injusticia?

—¿Acaso tengo yo la culpa?

—La puerta fue violentamente empujada y por ella atravesaron el Negro, Alcayaga, Susana y la Mari vestidos con mamelucos pintarrajeados, Colocaron periódicos sobre el piso y encima los tarros, la pintura y las brochas.

—Se pronunciaron —dijo el Negro—. Quieren que las industrias expropiadas vuelvan a manos de los dueños.

El Gordo golpeó el libro sobre el mantel y miró a Arturo.

—Justicia de clase. ¡Aquí sale eso, huevón! ¿Qué vamos a hacer?

—Los obreros se están organizando para defender las fábricas. Nosotros saldremos a rayar consignas. Ponte tu mameluco.

(...)

—Me gustaría salir solo contigo. Que fuéramos al cine.

—Otro día.

—¿Y esta noche?

—Esta noche salgo con ellos. Esta noche trabajamos con el pueblo, ¿entendís? Eso es lo primero.

Arturo sintió que desde el estómago lo impulsaba un resorte que le levantaba el cuello y mordió las palabras para que sólo ella las oyera. Fue triturando su aliento como un sigiloso eructo.

—Andan juntos y revueltos como animales. Unos detrás de otros oliéndose el pote. Soi incapaz de separarte un rato de ellos aunque sea para ir al cine. Sin ellos tenis miedo, no soi nada, ¿no es cierto?
Soñé que la nieve ardía

2) *La vida exagerada de Martín Romaña* (1981), de Alfredo Bryce Echenique, narra, de forma irónica y burlesca, las disparatadas aventuras de un intelectual latinoamericano en Europa en constante crisis melancólica. A través de sus vivencias, el escritor peruano refleja las dificultades del hombre sensible y lúcido para sobrevivir en un mundo decadente e hipócrita. En función de lo anterior, analiza el comienzo de esta novela:

Mi nombre es Martín Romaña y ésta es la historia de mi crisis positiva. Y la historia también de mi cuaderno azul. Y la historia además de cómo un día necesité de un cuaderno rojo para continuar la historia del cuaderno azul. Todo, en un sillón Voltaire.

En efecto, el día 7 de junio de 1978 entré en crisis, como suele decirse por ahí, aunque positiva, en mi caso, pues por fin pude salir de la melancolía *blue blue blue*, como solía llamarla Octavia, que fue primero Octavia de Cádiz a secas, porque durante largo tiempo la conocí sólo en estado o calidad de aparición, sí, lo cual me impedía, como es lógico, bañarla en ternura con miles de apodos que prácticamente no vendrán al caso en el cuaderno azul, pero que en cambio justificarán plenamente la adquisición del cuaderno rojo. Plenamente, Octavia.

Cabe advertir, también, que el parecido con la realidad de la que han sido tomados los hechos no será a menudo una simple coincidencia, y que lo que intento es llevar a cabo, con modestia aparte, mucha ilusión y justicia distributiva, un ejercicio de interpretación, entendimiento y cariño multidireccional, del tipo 'a ver qué ha pasado aquí'.

En realidad, de quien hablaré mucho, a pesar de que las apariciones milagrosas de Octavia de Cádiz pueden por momentos inquietar (a mí, desde luego, me inquietaron muchísimo), es de Inés, que fue primero todo lo contrario de Inés a secas, porque nada ni nadie en el mundo me impedía bañarla en ternura con miles de apodos, aunque largo tiempo viví con ella en estado o calidad de inminente desaparición, sí. Por lo demás, altero, cambio, mantengo, los nombres de los personajes. Y también los suprimo del todo. Creo que me entiendo, pero puedo agregar que hay un afán inicial de atenerse a las leyes que convienen a la ficción, y pido confianza.

La vida exagerada de Martín Romaña

3) *La casa de los espíritus* (1982), de Isabel Allende, es una novela inscrita dentro de la corriente narrativa hispanoamericana del realismo mágico, en la que la realidad cotidiana se mezcla con total naturalidad con elementos fantásticos. ¿Qué rasgos de este subgénero se muestran en el siguiente pasaje?:

Los poderes mentales de Clara no molestaban a nadie y no producían mayor desorden; se manifestaban casi siempre en asuntos de poca importancia y en la estricta intimidad del hogar. Algunas veces, a la hora de la comida, cuando estaban todos reunidos en el gran comedor de la casa, sentados en estricto orden de dignidad y gobierno, el salero comenzaba a vibrar y de pronto se desplazaba por la mesa entre las copas y platos, sin que mediara ninguna fuente de energía conocida ni truco de ilusionista. Nivea daba un tirón a las trenzas de Clara y con ese sistema conseguía que su hija abandonara su distracción lunática y devolviera la normalidad al salero, que al punto recuperaba su inmovilidad. Los hermanos se habían organizado para que, en el caso de que hubiera visitas, el que estaba más cerca detenía de un manotazo lo que se estaba moviendo sobre la mesa, antes que los extraños se dieran cuenta y sufrieran un sobresalto. La familia continuaba comiendo sin comentarios. También se habían habituado a los presagios de la hermana menor. Ella anunciaba los temblores con alguna anticipación, lo que resultaba muy conveniente en ese país de catástrofes, porque daba tiempo de poner a salvo la vajilla y dejar al alcance de la mano las pantuflas para salir arrancando en la noche. A los seis años Clara predijo que el caballo iba a voltear a Luis, pero éste se negó a escucharla y desde entonces tenía una cadera desviada. Con el tiempo se le acortó la pierna izquierda y tuvo que usar un zapato especial con una gran plataforma que él mismo se fabricaba. En esa ocasión Nivea se inquietó, pero la Nana le devolvió la tranquilidad diciendo que hay muchos niños que vuelan como las moscas, que adivinan los sueños y hablan con las ánimas, pero a todos se les pasa cuando pierden la inocencia.

La casa de los espíritus (capítulo I)

4) *Como agua para chocolate* (1989), de Laura Esquivel, es una novela ambientada en la Revolución Mexicana que contiene numerosos ejemplos de realismo mágico en la narración de hechos cotidianos cargados de elementos sobrenaturales, en los que la gastronomía mexicana actúa como desencadenante de los sentimientos de los personajes. ¿Cómo se manifiesta el realismo mágico en el siguiente pasaje?

Ya no le molestó para nada ver cómo Pedro y Rosaura iban de mesa en mesa brindando con los invitados, ni verlos bailar el vals, ni verlos más tarde partir el pastel. Ahora ella sabía que era cierto: Pedro la amaba. Se moría porque terminara el banquete para correr al lado de Nacha a contarle todo. Con impaciencia esperó a que todos comieran su pastel para poder retirarse. El manual de Carreño le impedía hacerlo antes, pero no le vedaba el flotar entre nubes mientras comía apuradamente su rebanada. Sus pensamientos la tenían tan ensimismada que no le permitieron observar que algo raro sucedía a su alrededor. Una inmensa nostalgia se adueñaba de todos los presentes en cuanto le daban el primer bocado al pastel. Inclusive Pedro, siempre tan propio, hacía un esfuerzo tremendo por contener las lágrimas. Y Mamá Elena, que ni cuando su esposo murió había derramado una infeliz lágrima, lloraba silenciosamente. Y eso no fue todo, el llanto fue el primer síntoma de una intoxicación rara que tenía algo que ver con una gran melancolía y frustración que hizo presa de todos los invitados y los hizo terminar en el patio, los corrales y los baños añorando cada uno al amor de su vida. Ni uno solo escapó del hechizo y sólo algunos afortunados llegaron a tiempo a los baños; los que no, participaron de la vomitona colectiva que se organizó en pleno patio. Bueno, la única a quien el pastel le hizo lo que el viento a Juárez fue a Tita. En cuanto terminó de comerlo abandonó la fiesta. Quería notificarle a Nacha cuanto antes que estaba en lo cierto al decir que Pedro la amaba sólo a ella. Por ir imaginando la cara de felicidad que Nacha pondría no se percató de la desdicha que crecía a su paso hasta llegar a alcanzar niveles patéticamente alarmantes.

(...)

Estaba más preocupada por salvar su pellejo que por otra cosa. La noche de la fiesta había recibido de manos de Mamá Elena una paliza fenomenal, como nunca antes la había recibido ni la volvería a recibir. Pasó dos semanas en cama reponiéndose de los golpes. El motivo de tan colosal castigo fue la certeza que tenía Mamá Elena de que Tita, en contubernio con Nacha, había planeado premeditadamente arruinar la boda de Rosaura, mezclando algún vomitivo en el pastel. Tita nunca la pudo convencer de que el único elemento extraño en él fueron las lágrimas que derramó al prepararlo.

Como agua para chocolate (Pastel Chabela II. Febrero)

5) *La nada cotidiana* (1995), de Zoe Valdés, ofrece, a través de un humor corrosivo, una visión crítica de la sociedad cubana posterior a la Revolución. La protagonista, Patria, representa a una generación que nació y creció bajo la esperanza de un mundo mejor, pero que acabó decepcionada y frustrada por la desoladora realidad de la isla. ¿Qué elementos de denuncia social aparecen reflejados en el siguiente fragmento?

Se acabó la jornada laboral, no porque haya llegado la hora de irnos, sino porque vino otro apagón y no sólo no funcionan la computadora y la fotocopidora, las máquinas de escribir también son eléctricas y la muchacha nueva que trabaja en la base de datos lo perdió todo una vez más porque no tuvo tiempo de salvar la información. Mañana tendrá que rehacerla y quizás cuando esté a punto de terminar vuelvan a cortar la luz y de nuevo se quede en cero. Y así, y así, por los siglos de los siglos, amén.

Llovió y el parqueo no tiene techo y la bicicleta se empapó. El asfalto está enfangado y llegaré con la blusa cochinitísima. Tendré que ponerme a cargar agua para lavar esta ropa, para bañarme y para cocinar. Si navego con suerte, a lo mejor en la casa —que es otra zona del Vedado— no tocó apagón y entonces habrán puesto el motor y tendré agua en los tanques clandestinos que tuve que instalar de madrugada porque no está autorizado tener más de un tanque por apartamento y yo tengo tres escondidos en el hueco del respiradero.

Desde que coloco los pies en los pedales de la bicicleta china comienzo a evocarte, gusanita querida. Te conocí en los viajes al Pedagógico, cuando yo iba a sobornar al Decano. Tú estudiabas Geografía, enseguida nos hicimos socias a pesar de la desconfianza del Traidor, que no te podía ver ni en pintura. Yo me escapaba y te iba a buscar, tú pedías dos bicicletas prestadas y nos íbamos pedaleando hasta el muro del Malecón. Allí hablábamos y nos burlábamos del mundo. En aquella época, montar bicicleta era cosa de putas, de guaricandillas, y la gente nos insultaba. A nosotras nos daba igual, nos cagábamos en la noticia y nos limpiábamos con el telegrama, y nos reíamos con unas carcajadas libres que erizaban al más pinto, le poníamos los pelos de punta a los policías. El de Vigilancia de tu Cedeerre nos chivateó, argumentando que éramos sospechosas porque por lo menos dos noches por semana nos íbamos ien bicicletas! hasta el hotel Deauville y nos sentábamos horas de horas en el muro, frente al mar, a fumar Populares con filtro. El tipo sospechaba que alguna señal con fuego le hacíamos al imperialismo yanqui.

En eso de los pedales también fuimos precursoras. Si regresaras en este momento no entenderías nada. La Habana está triste, desvincijada, hecha leña. Mira p'allá, un muchacho de treinta años armado de una cuchara hurga en el latón de basura de G y 17. Expurga cuidadosamente en los nailones grasientos y devora sin el menor escrúpulo las sobras podridas que encuentra. No quiero detenerme, pedaleo más fuerte, cruzo peligrosamente la avenida. No quiero ser testigo de esa verdad para la cual no fue educada nuestra generación. Es cierto que en toda la América Latina se pasa un hambre de pinga, pero ellos no hicieron la Revolución. ¿Cuánto no nos jodieron con «estamos construyendo un mundo mejor»? ¿Dónde está que no lo veo?

La nada cotidiana (capítulo 6)